

Aislados, pero no abandonados

Tal es el sentir de los espirituanos de la cabecera provincial en cuyas áreas de residencia se decretó la restricción de movimiento debido a la existencia en ellas de casos con COVID-19



En la ciudad espirituaña se ha restringido la entrada y salida en varias zonas con el propósito de detener los contagios. /Foto: Yoan Pérez

Delia Proenza Barzaga

Mientras lo cuenta la emoción aflora en cada una de sus palabras. Menciona una y otra vez a Plasencia, el presidente del Consejo de Defensa de zona que desde el mismo domingo 27 de septiembre, cuando quedó cercada el área, se pasa el día de una gestión en otra para que no les falte nada. Habla de Meibis, Maritza, Maipú y Alma, las cuatro

mensajeras del barrio que a diario se encargan de recoger libretas de abastecimiento y dinero, para devolver luego productos que de otra forma no llegarían a sus destinatarios.

Hanoi Guillot Pérez, profesora universitaria, lleva el nombre de una ciudad vietnamita y, a la vez, el de la plazaleta espirituaña donde reside. De allí hace 10 días nadie sale y a ella son pocos los que entran: los encargados de que todo funcione bien y el personal médico cuyo puesto de mando

fue ubicado en el mismísimo corazón de la cuadra, poblada por más de 60 familias.

“Todo fue tan rápido que cuando vinimos a darnos cuenta estábamos en medio de una vivencia que muchas veces habíamos visto, pero solo a través de la televisión y los periódicos”, revela. Allí, de una acera a la otra, nasobuco mediante, hay saludos, comentarios y, sobre todo, mucha preocupación por la vecina enferma de COVID-19. Según Hanoi, pareciera que no sucede nada: a diario se entrega la prensa, se bota la basura, se buscan los mandados; “todo, lo único diferente es que no lo haces tú”.

Casi calcos de ese recuento encuentra Escambray cuando conversa con vecinos de otras áreas de relativo confinamiento. En la Calle A, entre Camino de las Cañas y Camino del Guajén, en una casa contigua a la de una pareja de ancianos enfermos con el coronavirus, vive Julio Martínez Alba. Con 63 años “bien trabajados”, aunque tiene múltiples padecimientos de base que hacen más susceptible su salud, dice que no se halla sin salir cada mañana, bien temprano, hacia la base de almacenes de la cadena de tiendas Caribe, donde labora.

No mentiría jamás. Por eso reconoce que se les ha dado una atención de excelencia. Son solo cinco casas, especifica, pero allí han llegado no solo los productos que “vienen por la cuota”, sino también otros que los ayudan a sobrellevar el encierro, entre ellos viandas de la cooperativa de producción agropecuaria Ángel Montejo, que radica muy cerca. Oír radio y ver televisión, para estar informado, es casi todo lo que hace en el día. Y recibir llamadas, generalmente de amigos o de la familia, que se preocupan.

El mismo susto que experimentó Julio al conocer de casos positivos al SARS-CoV-2 del

otro lado de la cerca de su casa lo han vivido espirituanos residentes en más de 70 sitios donde se han adoptado medidas similares para contener la transmisión del virus. Y en todos ellos prevalece un sentimiento de gratitud hacia las autoridades locales y los representantes de las organizaciones de masas en la comunidad.

Cuando se entabla diálogo se escuchan alusiones a “esas muchachitas, las trabajadoras sociales que todos los días vienen a ver lo que nos hace falta” y también a delegados de circunscripción como Rafael Hernández, un hombre tan preocupado por su gente que el domingo 4 de octubre, tarde en la noche, andaba recogiendo vasijas y libretas para hacerles llegar la leche de la mañana siguiente, que se había adelantado.

De otro delegado, Carlos Fardales, cuenta maravillas Marlene Enríquez Salinas, una de las vecinas de la calle Bartolomé Masó, entre Sobral y Frank País, cuyo refrigerador colapsó en medio del encierro y tuvo arreglo solo porque él hizo las coordinaciones necesarias para que enviaran a un técnico del taller.

Jubilada por enfermedad, Marlene lleva una dieta estricta y, de no ser por la solidaridad de un vecino incluido en el área de restricción, sus alimentos se habrían descompuesto. También en ese caso, advierte, medió la gestión de Fardales.

En las áreas que en la ciudad de Sancti Spiritus se han delimitado con cintas, y junto a las cuales permanecen agentes del orden mayormente jóvenes, se habla de módulos de alimentos vendidos, de manos extendidas, de calor humano y preocupación real, de pesquisas diarias y de mucha esperanza. Se habla, en resumen, de un país pequeño y a la vez muy grande, que no abandona a nadie por duras que sean las circunstancias.

Nunca lavé tanto en mi vida

María Teresa Calero Linares gasta manos y energías desinfectando la ropa del centro de aislamiento La Playita, en Jatibonico

José Luis Camellón Álvarez

Arropada de pies a cabeza, solo le queda un portillo para mirar ese paisaje de sobrecogimiento y tensión; es como si se asomara a una ventana por la que divisa el peligro y hasta le permite imaginar los rostros de esos pacientes que se guarecen cabaña adentro, aislados de todo contacto. Al otro lado de la línea roja, ella reparte alegría, gasta sus manos y energías por tal de procurarles siempre ropa limpia y segura.

María Teresa Calero Linares no repara en su altruismo laboral, capaz de convertirla en una pieza clave del centro de aislamiento La Playita, en Jatibonico; tal vez el miedo que le perdió a la COVID-19 sí la atrapó cuando tuvo delante la grabadora y cámara fotográfica, como si la humildad de su trabajo jamás mereciera el protagonismo.

“Nunca lavé tanto en mi vida”, dijo y sus palabras pasaron la barrera del nasobuco y se colaron por los huecos de la malla perimetral, que también marcó la distancia en el diálogo; detrás, las tendederas de ropa verde por doquier aseveran la confesión.

Aun por debajo del ropaje destila laboriosidad; cómo suponer sus títulos de maestra primaria y técnico de nivel medio en Agronomía Integral; mucho menos esa ocupación de custodio en la escuela primaria del caserío El Cinco, a orillas de Jatibonico; hasta sorprende cuando asegura: “Me considero una mujer instruida, sobre todo, soy una gente muy humana, siento mucho por las personas”.

Los sentimientos traspasan la bata y sobrebata; se delatan cuando la humedad invade sus ojos y revela que llegó allí el 30 de junio. Desde entonces para María Teresa no hay horas ni días, sino montañas de ropa que van y vienen en un ciclo interminable. “Ni yo misma sé de dónde saco fuerzas para lavar tanto, hacer las guardias en la escuelita cada dos noches y estar pendiente de mi casa; pero siempre alegre y cuidándome”.

En dos lavadoras, María Teresa y otra compañera en igual función lavan casi toda la ropa asociada al enfrentamiento a la pandemia en ese municipio, proceso que al compás del rebrote de la enfermedad amplió su magnitud; “Muchas veces nos coge las dos de la madrugada y a las siete de la mañana

estamos lavando otra vez”, dice.

¿Acaso su labor se asemeja al lavado rutinario de la casa?

Ni pensar, mi trabajo aquí es grande; primero recoger toda la ropa que sale de la llamada zona roja, después de que la introducen en un tanque con hipoclorito donde se desinfecta; esa ropa permanece dos o tres horas en esa vasija, luego la sacamos, la llevamos para la lavandería, allí se le hace otra vez el proceso con cloro, detergente, jabolina, se enjuaga y se lleva a la secadora que tenemos aquí. Esa ropa cuando la vuelve a usar el paciente y el personal médico va segura.

En un centro como este hay riesgo, ¿no le acosa el temor?

Hasta ahora no he tenido contagio, me han hecho PCR y nos exigen mucho, uso botas, batas, dos pares de guantes, la mascarilla, el gorro... Las personas tienen miedo de venir a trabajar aquí, pero solo hay que respetar al detalle cada medida y los protocolos.

Aquí nos cuidan mucho, lo mismo la administración que la jefa del centro, hasta el médico se preocupa por nosotras. Las reglas están claras, ellos me dicen: “No puedes tocar esto, de aquí para allá no puedes pasar”; uno tiene límites y se



“Entre todos tenemos que contribuir para detener la pandemia”, asevera María Teresa. /Foto: Vicente Brito

trata de cumplir eso al pie de la letra.

¿Por qué esa montaña de ropa?

La gente no es capaz de imaginar la cantidad de ropa que se lava aquí en un día; a todos los que están aislados se les cambia diariamente la ropa, pero la mayor rotación de vestuario es la del personal médico; cuando pasan a llevarles los alimentos varias veces en el día y a chequearlos, cada vez que salen de una cabaña se cambia toda la ropa y se pone limpia.

¿Se puede permanecer en un trabajo tan exigente?

Hoy por la mañana lloré muchísimo, porque aquí cada quien está

en su área y el administrador de La Playita me mandó un mensaje a mi celular con saludos para las dos que estamos en la lavandería, diciéndonos que admiraba nuestro trabajo porque él ve el sacrificio que estamos haciendo en un momento de mucho riesgo; también nos pedía que nos cuidemos, que ya habrá tiempo para reconocer y celebrar tanto trabajo; me sentí muy emocionada.

A lo mejor no me lo creen, pero me gusta lo que estoy haciendo, es un trabajo necesario; claro, esto no es un juego, pero conmigo pueden contar, seguiré aquí el tiempo que haga falta.